

# Concurso eficaz, constante y heroico de las mujeres cubanas

Tanto en la manigua como en la emigración, ellas enfrentaron desafíos para estar en la primera fila de la lucha por la emancipación nacional

Por DAMARIS A. TORRES ELSERS\*



En la manigua asumieron diversas responsabilidades, como cocineras, curando heridos, sirviendo de correo, y no pocas veces, participando en las cargas al machete.

Ilustración: LUIS LORENZO SOSA

**L**AS concepciones construidas en la sociedad cubana de la segunda mitad del siglo XIX acerca de los roles que correspondía desempeñar a la mujer, limitados a las llamadas “tareas propias de su sexo”, no impidieron que se uniera a los movimientos conspirativos por la independencia de su patria.

Al producirse el estallido emancipador, muchas de ellas transgredieron las convenciones morales de la época y junto a los hombres desplegaron importantes actividades, como enfermeras, combatientes,

agentes de inteligencia o soldados de fila, entre otros.

El investigador José Miguel Abreu Cardet reconoce que los historiadores, “sedientos de luminarias, nos hemos ido tras las huellas bélicas de los hombres”, sin tener en cuenta que las esposas, madres e hijas, junto como parte de sus familias, fueron “un medio de resistencia”. Se establecían cerca de los campamentos y formaban una retaguardia segura de logística; por ejemplo, para curar heridos y enfermos, tarea en la cual pusieron en práctica sus experiencias, inteligencia

y creatividad para sustituir la ausencia de los recursos necesarios.

Mariana Grajales Cuello, “la madre de todos los cubanos”, representó un fuerte estímulo para sus hijos y los demás combatientes, labor que hubiera pasado inadvertida de no haber sido la progenitora de los Maceo. Acerca de sus virtudes, José María Rodríguez (Mayía), quien confraternizó con ella en la manigua, expresó: “Pocas matronas producirá Cuba de tanto mérito y ninguna de más virtudes”. De la influencia materna en su formación patriótica, su hijo,

el mayor general Antonio Maceo, escribió a José Martí: “A ella, pues, debo la consagración de este momento”.

María Cabrales también se distinguió por sus actividades como enfermera en los hospitales de sangre durante la Guerra de los Diez Años. Martí señaló al respecto, en su artículo *Antonio Maceo*, que “no hubo en la guerra mejor curandera”.

En carta a su esposa Ana de Quedada, Carlos Manuel de Céspedes refirió: “Las mujeres son belicosas; no quieren sino marchar con las columnas y llevar armas, que algunas saben manejar. Una, llamada Isabel Vega, ha recibido dos balazos”. En Najasa, Camagüey, Rosa Castellanos, conocida como “la Bayamesa”, cuidaba con esmero de sus heridos y enfermos “sin descuidar jamás lo tocante a vigilancia”. Con estos fines Bernarda Toro solicitó un rifle al coronel y médico mambí Antonio Lorenzo Luaces.

En las zonas costeras, insurrectas como Felicia Mora contribuyeron al desembarco de suministros. Fernando Fornaris relató que “cuando aborda una expedición á nuestras playas, allí va ella inmediatamente con sus hijas, á cargar el parque y las armas que pocos hombres se atrevieran a echarse sobre los hombros”.

Como agentes de inteligencia pusieron a prueba su habilidad y astucia para acopiar información acerca del movimiento de las tropas españolas, sus planes estratégicos y otras cuestiones de crucial importancia para el Ejército Libertador. El general Vicente García tuvo una fuerte red de espionaje, con la colaboración de varias mujeres, entre ellas Mercedes Varona, joven de 18 años, quien demostró una “excelente fibra de luchadora clandestina”.

Por sus actividades independentistas a numerosas propietarias, como Clementina Céspedes, Altagracia Piña, Irene Figueredo, Mercedes Yero, Lucrecia de Palma, Antonia Soler, Águeda de Castro, les fueron confiscadas sus posesiones.

En el exterior surgieron organizaciones femeninas: la Junta Patriótica de Cubanas en Nueva York, la Liga de las Hijas de Cuba y las Hijas del Pueblo, en Nueva Orleans, entre otras, que realizaron conciertos, veladas, tertulias, bazares, con el objetivo de recolectar dinero, ropas, medicamentos, armas, tanto para los

Ilustración: VALDERRAMA



Mariana, paradigma de la mujer combatiente.

miembros del Ejército y equipar las expediciones.

Siendo presidenta de la Liga de las Hijas de Cuba, Emilia Casanova de Villaverde emprendió una amplia campaña para sensibilizar a la opinión pública internacional, en especial el Congreso estadounidense, del cual demandó el “reconocimiento de los derechos de beligerancia de los cubanos”. También escribió a personalidades como el presidente venezolano Antonio Guzmán Blanco, el escritor francés Víctor Hugo y el italiano Giuseppe Garibaldi. Al decir de la investigadora Ana Cairo, se convirtió en “la primera embajadora de la Revolución Cubana”.

Sin duda, la Guerra de los Diez Años fue una gran escuela para las patriotas. En su artículo *La Década gloriosa*, Enrique José Varona apuntó que la palabra heroísmo no basta para expresar con exactitud el temple de alma que dieron nuestras mujeres.

#### **Durante la Tregua Fecunda**

Las concepciones patrióticas de las cubanas integradas a la lucha anti-

colonialista habían madurado debido a la experiencia adquirida en la Guerra de los Diez Años. Y durante el período de 1878-1895 las independentistas ganaron más libertad de acción, ya que muchas debieron enfrentar solas la dirección del hogar sin el tradicional sostén económico masculino. Al propio tiempo, enfrentaron la crianza de los hijos en el exilio, en medio de privaciones generadas por la pobreza, la soledad y el poco dominio del idioma inglés, lo cual las obligó a multiplicar fuerzas y espíritu de resistencia.

Tal panorama fue apreciado por los líderes masculinos, quienes las tuvieron más en cuenta en los nuevos proyectos revolucionarios. En octubre de 1878 el mayor general Calixto García las llamó a prestar otra vez sus servicios: “¡cubanas, contamos con vuestro auxilio para que nos ayudéis a desinfectar nuestra patria de la epidemia ibérica que la esquilmal!”.

La respuesta femenina fue rápida, en menos de dos meses se organizó el club Hijas de la Libertad, en Cayo Hueso, liderado por Rosario Lamadriz. Otros surgieron entre 1879 y 1880 en diferentes enclaves de la

emigración y en la propia Cuba, por ejemplo en Regla, Guanabacoa y Santiago de Cuba.

Al estallar la Guerra Chiquita en agosto de 1879, muchas regresaron a la manigua; así hicieron Cecilia López y Dominga Moncada. Como en el período anterior, fueron perseguidas, apresadas y se vieron obligadas a tomar el camino del exilio.

Los reveses no las amilanaron, no pocas contribuyeron con las recaudaciones para otros intentos insurreccionales, entre estos el Plan Gómez-Maceo (1884 y 1886). El fervor demostrado por ellas fue altamente valorado por el mayor general Antonio Maceo en la proclama *A las Hijas de la Libertad*, en la cual alabó la obra desplegada en la Guerra de los Diez Años, y las llamó a desarrollar una tarea de extraordinaria importancia ideológica: “La Patria necesita más de vosotras que de sus mejores hijos [...] Nosotros venceremos con las armas; pero a vosotras que, todo lo podéis con la razón, os corresponde la parte más difícil de nuestra obra”.

Las mujeres ayudaron a mantener en alto el sentimiento patriótico educando a sus hijos en el amor a la libertad y la independencia. Por eso en la contienda del 95, jóvenes nacidos durante la Guerra Grande, en la manigua o en la emigración, se incorporaron al Ejército Libertador o integraron los clubes del Partido Revolucionario Cubano.

El año 1892 representó el inicio de un momento importante para el movimiento revolucionario cubano, debido a la constitución, en enero, del Partido Revolucionario Cubano (PRC), por José Martí, y proclamado oficialmente el 10 de abril.

Esta estrategia unitaria e integradora reforzó el vínculo con las patriotas en la Isla y en la emigración. En *Patria*, el Delegado, legó a la posteridad significativas valoraciones sobre prominentes mujeres, en las que destacó su sacrificio y abnegación, como Bernarda Toro (Manana), quien parió y crió a sus hijos: “al paso de los combates en la cuna de sus brazos”.

Con estos ejemplos, reconoció en su justa dimensión la utilidad de la participación femenina en la convocatoria libertaria, y agregó: “Las campañas de los pueblos solo son débiles, cuando en ellas no se alista el corazón de la mujer; pero cuando la mujer se estremece y ayuda,

Museo Bacardí



María Cabrales junto con sus compañeras del club patriótico José Martí, que ella fundó en Jamaica.

cuando la mujer, tímida y quieta de su natural, anima y aplaude, cuando la mujer culta y virtuosa unge la obra con la miel de su cariño la obra es invencible”.

En vísperas del inicio de la Guerra Necesaria, existían unos 16 clubes que agrupaban a cerca de 300 patriotas, cifra que creció hasta aproximadamente 1 500 a finales de 1898, lo cual evidencia el apoyo a la labor del Delegado y a la organización política. En Cuba, a pesar de la vigilancia y medidas coercitivas del Gobierno español, las mujeres también se vincularon con las tareas del Partido. Magdalena Peñarredonda, Inocencia Araújo y Josefa Pina son ejemplos elocuentes de la actividad en el país.

### De nuevo en la manigua

Al producirse el estallido independentista del 24 de febrero de 1895, no fueron pocas las que mantuvieron un puesto en los hospitales de sangre y prefecturas mambises. Algunas, como Rosa la Bayamesa y Dominga Moncada, a pesar de su avanzada edad, volvieron a la manigua.

Muchas de las que solicitaron su ingreso al Ejército Libertador, fueron incorporadas al Cuerpo de Sanidad en condición de enfermeras, y no pocas, combatieron como soldados de fila y obtuvieron en combate grados militares. Se distinguieron, entre otras, la comandante Mercedes Sirvén y las

capitanas Adela Azcuy –participante en cerca de 49 acciones combativas–, María Hidalgo Santana –la abanderada de Jicarita, o la Heroína de Jicarita, herida en varias ocasiones–, Luz Noriega, Luz Palomares, Cristina Pérez, Paulina Ruiz; todas lograron sus grados militares en campaña y algunas, como Isabel Rubio, entregaron su vida en defensa del hospital bajo su cuidado.

Sin embargo, a pesar de los hechos heroicos que protagonizaron, no hubo una política de ascensos consecuente, e incluso solo Mercedes Sirvén, llegó al grado de comandante, y unas pocas fueron reflejadas en el *Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador*, y siempre vinculadas al Cuerpo de Sanidad.

En cuanto a las actividades clandestinas y de inteligencia, en Cuba numerosas mujeres estuvieron muy vinculadas al aseguramiento logístico de los campamentos mambises. En las ciudades y zonas urbanas se desarrollaron redes de espionaje, algunas de las cuales alcanzaron tal nivel de compartimentación que no fueron detectadas nunca por el enemigo. Entre otros nombres, resultan familiares los de María Escobar y Magdalena Peñarredonda, agente del mayor general Antonio Maceo; menos divulgados han sido los de Inocencia Araújo y Elvira Cape. Esta última se convirtió en la agente *Phociona*, cuando su esposo Emilio



**Bernarda Toro, *Manana*, esposa de Máximo Gómez, solicitó un rifle al coronel y médico mambí Antonio Lorenzo Luaces, para enfrentar al enemigo.**



**Rosa Castellanos, conocida como la *Bayamesa*, cuidaba con esmero de sus heridos y enfermos “sin descuidar jamás lo tocante a vigilancia”.**



**Elvira Cape, la agente *Phociona* del mambisado, cuando su esposo Emilio Bacardí fue apresado y deportado, mantuvo el trabajo clandestino y de inteligencia para el general José Maceo.**

Bacardí (*Phoción*) –con quien trabajó para el mayor general José Maceo Grajales–, fue apresado y deportado.

En cuanto a Inocencia, desarrolló una encomiable labor de espionaje que permitió conocer el plan del Ejército español contra Gómez y Martí poco después del desembarco de ambos en Playita de Cajobabo, con lo que facilitó la victoria en Arroyo Hondo. El descubrimiento de una red en Santiago de Cuba, condujo a las autoridades hasta la patriota, quien fue encarcelada en la fortaleza del Morro, donde la trataron como si fuera una gran delincuente y hasta designaron guardias que custodiaban su reja.

Otras mujeres también guardaron prisión, acusadas por infidencia. Varias fueron recluidas en la llamada Casa de Recogidas o en diversas cárceles. Solo entre el 17 y el 21 de enero de 1897 –valga la acotación–, ingresaron 35 en la cárcel de Santiago de Cuba, por el delito de subversión.

En el exterior, las cubanas volvieron a desplegar una meritoria tarea. Decenas de asociaciones, diseminadas en diferentes países promovieron conciertos, tertulias, bazares, entre otras acciones, con el propósito de recaudar dinero y materiales necesarios para las expediciones. María Cabrales tuvo una presencia protagónica en los clubes José Martí y

Hermanas de María Maceo, en Jamaica y Costa Rica, respectivamente, aparte de asumir como presidenta y tesorera del club Cubanas y nicoyanas.

Las hermanas Concha y Tomasa Figueredo Antúnez ofrecieron clases nocturnas de piano para obtener fondos. Desde París, Marta Abreu facilitó un abundante óbolo a la patria. También, Elvira Cape, obligada a abandonar el país por sus actividades en Santiago de Cuba, continuó su labor revolucionaria y de propaganda en Kingston, Jamaica.

Al estar los hombres en la guerra, muchas asumieron la dirección del hogar, casi siempre sin lo indispensable para vivir. La Delegación del Partido asignó varias pensiones, pero algunas la rechazaron por considerar que ese dinero era más necesario a la patria; así lo manifestó Bernarda Toro a Tomás Estrada Palma: “mientras podamos entre mis hijos y yo ganar un pan, no tomaremos nada de Cuba [...] vaya todo para Cuba y viva la libertad”.

La inserción en los clubes revolucionarios, brindó a las patriotas nuevas posibilidades políticas. Como afirma el historiador Julio César González Pagés: “El hecho de que pudieran presidir un club integrado por mujeres y realizar actividades en apoyo a la futura República inde-

pendiente, creó en ellas una nueva perspectiva de género”.

Si bien es cierto que la mayoría de las asociadas aceptaron ser representadas por hombres ante los Cuerpos de Consejo del Partido Revolucionario Cubano, algunas reclamaron el derecho a participar en la votación y representar a su club. Una de las que demandaron tal derecho fue Cecilia Cohen, presidenta de Hijas de Martí en Haití, mientras en Cuba, Edelmira Guerra, presidenta del club Esperanza del Valle, solicitó al Gobierno de la República de Cuba en Armas instaurar el voto femenino.

Es indudable que la historiografía tiene una deuda con las cubanas y su participación en las luchas por la independencia, en las que fueron transgresoras de los cánones de la época que les tocó vivir. Al decir del intelectual e historiador santiaguero Juan María Ravelo, su concurso “fue eficaz, constante y heroico”. ●

**\*Doctora en Ciencias Históricas. Profesora de la Universidad de Oriente.**

#### Fuentes consultadas:

Los libros *Las fronteras de la guerra: mujeres, soldados y regionalismo en el 68*, de José Abreu Cardet; *María Cabrales*, de Nydia Sarabia; *María Cabrales: una mujer con historia propia*, de Damaris Torres.